

## La raza como ideal

### Posibilidad y necesidad de su concreción

---

Por la percepción el hombre extiende cada vez más el radio de su penetración en la naturaleza y cala la realidad forzándola a entrar en sus marcos intelectuales; por la reflexión, en cambio, organiza los elementos, los dispone en armónicas relaciones y los ordena concéntricamente de manera que permitan una mejor realización de sus aspiraciones; por eso es ella la operación más típicamente humana; sin la selección que supone seríamos autómatas arrastrados a la acción por cualquier impresión del medio ambiente; nuestra marcha ascensional, nuestro progreso no sería posible sin esa labor inmanente y constructiva que representa y sintetiza la actividad creadora e integradora de la naturaleza. La meditación nos permite transmutando los valores recibidos, construir núcleos de condensación energética que explican nuestra independencia y autonomía y nos capacita para dar el sello distintivo de nuestra individualidad combinando de diferente manera los elementos que el mundo nos proporciona.

Es por eso necesario detenerse en medio del camino, hacer un recuento de las adquisiciones hechas, de las experiencias realizadas y darles la organización y sistematización más conveniente para encauzar y aprovechar sus energías y caudales; hay que sustraer algún tiempo a la vida febril moderna para asimilar y transubstanciar todos esos valores a fin de que la continua y progresiva integración de nuestra personalidad se haga evitando la dispersión centrífuga de sus componentes, y la incorporación continua de energías se haga como en la célula viva sin perder el equilibrio dinámico de la masa; los

elementos heterogéneos no fundidos y asimilados son cuerpos extraños que guardan latentemente semillas de discordia y están dispuestos siempre a manifestarse provocando la contradicción y la lucha. ¿La inconstancia y versatilidad de muchos hombres que pasan por la vida negándose siempre a sí mismos no radica casi totalmente en esta inasimilación de los materiales ingeridos?

Comprendiéndolo así Jehová sustrae al trabajo un día cada semana que el hombre debía de emplear para estabilizarse socialmente para reforzar por la meditación sus incipientes hábitos sociales y orientarse y cobrar nuevos bríos para proseguir la lucha. Y como el judaísmo las religiones orientales, los griegos y romanos, el cristianismo, todo conjunto, en fin, de hombres que por naturaleza o por voluntad propia gravitan alrededor de un anhelo o ideal establecen también sus días para ratificar propósitos, para afianzar esa armonía, ese equilibrio, esa comunión del hombre consigo mismo, con sus ideales, con la ley que mana de su naturaleza, en lo cual encuentra su más cumplida satisfacción.

Ahora ¿existirá un ideal de raza, un hispano-americanismo que pueda justificar una llamada a la reflexión? ¿Existirán un conjunto de realidades étnicas, históricas, culturales que permitan una organización convergente, una concentración ideal, la formulación de un espíritu de raza? Más aún ¿existirá un cúmulo de circunstancias que hacen más apremiante y necesaria esta condensación y concreción del ideal hispano-americanista?

Efectivamente, a pesar del diverso ambiente geográfico en que se volcó la desbordante energía hispana y del diverso sedimento étnico y cultural sobre que se posó, no se perdió nunca la consubstancialidad indestructible, la honda trama afirmativa, denunciadora de la íntima solidaridad, de la genérica indistinción entre las repúblicas americanas y la antigua metrópoli.

Al terminar el descubrimiento y conquista de América los conquistadores se mezclan a los indígenas y se constituye el primer núcleo de condensación de la futura sociedad; en ésta al mezclarse elementos de desigual valor asegura el conquistador su predominio asimilando al aborigen e informando y po-

niendo su sello a la nueva entidad; los que no entran en comunión con él quedan fuera del mundo civil.

Formado así el eje de la sociedad americana se incorporan continuamente elementos nuevos del peso muerto aborigen o pertenecientes a otras razas, pero el nuevo organismo sorprende por un inmenso poder de asimilación e ingiere todo y perpetúa a través de todas las adquisiciones los atributos de su originaria personalidad. La misma sangre vitaliza, pues, nuestros cuerpos, la misma cultura, religión y lengua informa nuestras almas, tenemos idénticas o parecidas costumbres e instituciones, y hasta la misma Historia nos ató en feroz coyunda bajo el yugo del mismo régimen absolutista.

En una conferencia dada poco tiempo ha (\*), se pregunta un escritor, después de un devaneo más o menos insustancial, si existe una raza hispano americana o a qué raza pertenecen los pueblos de Sud América. Se refiere a las diferentes migraciones que han contribuido a formar la República Argentina y encuentra acertado compararlas a los ríos que desaguan en El Plata.

La comparación no es justa, equivale a confundir el crecimiento de lo inorgánico con el de lo organizado. Las sociedades son entidades orgánicas con capacidad para tomar elementos extraños, transubstanciarlos y asimilarlos. ¿Qué se han hecho los 20 millones de alemanes que han arribado a Norte América? ¿y los millones de franceses, italianos, mejicanos, etc., que igualmente cayeron bajo su esfera de acción? Dos o tres generaciones y la masa homogénea y compacta mostrará una e inconfundible etiqueta: raza o sociedad angloamericana.

Si así no fuera los desvelos de los educadores por hacer nacionalista la enseñanza no tendrían razón de ser; sin embargo los hombres superiores de todas las naciones se han preocupado por imprimirle esa orientación, postulando así la concreción de un ideal. Y esta conclusión hay circunstancias que la hacen apremiante, que la exigen: 1º La tendencia a definirse, agruparse y estrecharse que se observa en el mundo entre las naciones del mismo tronco étnico, como la guerra actual palmariamente ha demostrado y demuestra; 2º La expansión con-

\* Me refiero a la conferencia dada en el Rosario en el día de la Raza por el Dr. Rodolfo Rivarola.

quistadora, agresiva y arrolladora de las razas mejor dotadas y el peligro que importa para Hispano-América y 3º La tendencia a una integración cada vez más amplia, a una simplificación o reducción de los grupos de naciones a que nos lleva ese humanismo o internacionalismo que vagamente palpita en todos y que cada vez con más precisión (a pesar de la guerra) se va enunciando. Podemos suponer que la reducción y federación empezará por los grupos étnicos y es una prueba de ello la descomposición de algunos estados, precursora indudablemente de una recomposición posterior más racional y humana.

Si existe, pues, una realidad étnica, cultural e histórica y condiciones que impelen a formular un ideal de raza, era necesario afirmarlo proclamando la solidaridad entre las naciones de la misma estirpe.

«¡Desdichada la raza, ha dicho Ortega y Gasset, que no hace un alto en la encrucijada antes de proseguir su ruta, que no se hace un problema de su propia intimidad; que no siente la heroica necesidad de justificar su destino, de volcar claridades sobre su misión en la historia.

El individuo no puede orientarse en el universo sino al través de su raza, porque va sumido en ella como la gota en la nube viajera».

Era necesario, pues, un día de la raza para bañar el espíritu en lo que podemos considerar como atributos de nuestra personalidad étnica, para restablecer comunicaciones con el pasado y buscar en él, el hilillo originario de nuestra cultura moral y social, para entonar el corazón y llenarlo de temerario valor y de virtudes cívicas.

A esto responde y para esto se ha establecido el 12 de Octubre.

Y en buena hora lo ha sido, cuando las repúblicas americanas pasados los trastornos civiles y habiendo arribado a formas permanentes de sociabilidad, a su equilibrio funcional con el establecimiento definitivo de gobiernos democráticos, se aprestan a buscar en la paz y en el trabajo los elementos de su prosperidad y progreso y cuando España sin haber perdido nunca aun en las horas más difíciles sus arrostros de orgullo patricio como esos viejos infanzones que aún en la pobreza conservan el sello de su ilustre prosapia, despierta de un sueño

secular como el Adán de Miguel Angel con los brazos tendidos al espacio infinito demandando para reverdecer sus antiguas glorias y corregir sus pasados yerros no la espada homicida sino los instrumentos pacíficos del trabajo, no la tea incendiaria y destructora sino la antorcha lucífera y vivificadora, no la muerte sino la vida.

Como decía Castelar «todo ensueño de reconquista de cualquier clase que sea, se ha desvanecido, toda reacci3n y recuerdo de las antiguas dominaciones se ha borrado; somos las repúblicas americanas democracias pacíficas que conservando la diferencia y la divisi3n de Estados, debemos unirnos moral y econ3micamente en la industria, en el arte, en la ciencia para sostener el nombre de nuestra raza en la tierra y ser dignos miembros de la humanidad en la futura historia.»

GASPAR MARTÍN.